

cia; pero esto nada arguye en contra respecto de la revelación del jefe republicano.

Trae en seguida el colega un documento que reproducimos íntegro. Dice así:

“General en jefe.—Tengo la honra de participar á vd. que “ahora que son las cinco de la mañana, acaban de ocupar nuestras fuerzas el punto llamado “de la Cruz” el cual FUE ENTREGADO POR EL JEFE QUE LO DEFENDIA, con dos batallones que se rindieron á discreción. Se está recibiendo el parque y demás pertrechos de guerra que había en dicho punto, disponiendo lo conveniente, etc.”

Dice «La Voz de México» que ese parte corroboró la opinión general, lo que no dudamos haya sucedido; pero tampoco él arguye nada en contra de la acerción del General Escobedo. López era el jefe del punto llamado “de la Cruz,” y ya sea que éste hubiera sido entregado por él traicionando á Maximiliano, ó bien que “hubiera sido entregado por él de orden superior” siempre quedaba cierto que «López había entregado el punto,» y esto último es lo que dice el parte y nada más. Así es que tampoco ese documento sirve para los fines que se ha propuesto nuestro colega.

Entre varias declamaciones, dice también “La Voz,” que la libertad de que disfrutó López contrastó con la severidad empleada con Méndez, por ejemplo. Desde luego haremos observar al colega que severidad “sólo fué empleada con cuatro jefes” contrarios: Mejía, Maximiliano, Miramón y Méndez; todos los demás prisioneros, y fueron muchos, entre ellos generales tan acreditados como Severo del Castillo, quedaron indultados de la pena de muerte por el Gobierno de la República, contrastando con los cuatro ya mencionados. Por otra parte López de todas maneras había facilitado la toma de la plaza y no era de los principales jefes; motivos que unidos explican, por qué fué tratado con lenidad; de manera que tampoco este hecho significa nada para destruir la verdad sobre el participio que pudo tener Maximiliano en esos sucesos.

Pero como “La Voz” hasta ahora no ha mostrado más que

dos documentos que dicen lo mismo, uno de los cuales hemos copiado íntegro y lo hemos comentado, apoyándose para sus demás afirmaciones en apreciaciones personales, esperamos que hable sobre otros documentos en los subsiguientes artículos cuando entre de lleno en la cuestión según promete.

Por ahora y á pesar del tiempo transcurrido, no ha sucedido nada de lo que nos temíamos, dada la promesa de nuestro colega. Nosotros nos esperábamos un gran estudio “para después del día” 18 de Julio del presente año como dijo “La Voz,” plazo amplísimo y al cual en efecto no ha faltado, ni hubiera faltado tampoco dentro de cinco años; pero parece que ese gran estudio vendrá con intermitencias de ocho días, según declara, y en una tanda de artículos cuyo número es indeterminado.

Así, pues, esperemos.

(*El Monitor Republicano* de 6 de Agosto de 1889)

EL INFORME DEL GENERAL ESCOBEDO.

II.

En las acciones de guerra no es simplemente el éxito favorable á uno de los beligerantes el que amerita los honores de triunfo heroico y glorioso que corresponden al vencedor puesto que las eventualidades imprevistas, ésta ó aquella defección en las filas de los que sucumbieron, ó la “ciega casualidad” que determina á las veces un resultado inverso al que en rigor lógico era de esperarse, no son elementos propios que el arte de la guerra tiene á su servicio para que un ejército de operaciones triunfe en buena lid del adversario que se halla en condiciones iguales ó superiores al que lo ataca. La victoria que se alcanza merced á combinaciones hábiles y al plan sabiamente trazado y certero en su ejecución, venciendo, no á un enemigo débil y en angustiosa

estrechez, sino fuerte aún, animoso y resuelto; esa victoria, decimos, será espléndida y de eterna remembranza en los fastos guerreros. Porque lo será siempre el valor heroico, el denodado empuje á cuerpo descubierto en asaltos temerarios, la oportunidad y acierte en las órdenes y su violenta y cabal ejecución. Así al menos lo consigna la historia y lo pregona en todos los siglos la fama de los altos y gloriosos hechos de armas.

Fuera de esas condiciones, el desenlace definitivo de cualquier campaña, triste, digamos así, desairado y sin mérito alguno, queda en la escala inferior de sucesos vulgares acaecidos únicamente en fuerza de la indeclinable ley que asigna acá en la tierra un término final á cuanto en ella pasa. Así, la rendición de un recinto fortificado cuando sus defensores carecen ya de todo medio de resistencia, al paso que los contrarios pueden diariamente renovar y acrecer sus elementos de ataque, no se ha considerado jamás como resultado de esfuerzos bélicos y de feliz estrategia, sino que es tan solo efecto de la impotente inacción de quienes sucumben inermes ya sin poder combatir, sin víveres, sin municiones, pero no sin valor y pericia militar. Fueron víctimas de la desdicha, no del arrojío de sus contrarios que combatieran con ellos cuerpo á cuerpo disputando en lucha igual los lauros de la victoria y las palmas del triunfo.

Acaso por las razones que ligeramente acabamos de apuntar no se consideró ni ha llegado á considerarse el desenlace del prolongado sitio de Querétaro en 1867, como un hecho de armas espléndido, sino como resultado de causas extrañas al arte de la guerra y al simple esfuerzo de operaciones militares. No sucedió así respecto de la campaña de Puebla, cuya plaza se rindió á sangre y fuego en medio de recia y sostenida lucha, disputándose palmo á palmo el terreno los sitiadores y los sitiados. Ni sucedió tampoco cuando fueron batidas en campo abierto las tropas que de México iban en auxilio de los defensores de Puebla. En uno y otro caso hubo formidable choque entre los beligerantes; hubo rapidéz y oportunidad en los movimientos de uno de ellos, hubo, en fin, cuanto se requiere para triunfar con gloria ó sucumbir en la empresa honrosamente. Si los vencidos lamentaron entonces su adversa suerte no dijeron ni han dicho una palabra que tienda á amenguar el mérito de quien supo adquirirlo así como tampoco la rendición de México, sin combate alguno y

después de setenta días de sitio, se ha reputado como hecho de armas heroico.

Contra ese concepto universal firmemente arraigado en la opinión pública en el dilatado curso de veintidos años, por lo que hace á las operaciones militares del sitio de Querétaro y á su desenlace definitivo, ha venido inesperadamente el manifiesto del general Escobedo, recientemente dado á la estampa en la obra histórica "México á través de los Siglos," después de dos años de conservarse inédito en los archivos de palacio y sin que el Presidente de la República, á quien fué dirigido, lo mandase publicar en el órgano oficial del gobierno. Así, pues, uno de los objetos principales que se propone alcanzar ese manifiesto, como dijimos al principio, es reivindicar, para el ejército sitiador el mérito de haberse apoderado de la plaza de Querétaro por esfuerzos propios y como consecuencia de una serie de operaciones y asaltos sucesivos, sin que ninguna intervención extraña cooperase eficazmente al término de la prolongada lucha.

Véase en comprobación de lo que acabamos de exponer, como dá principio el manifiesto del general Escobedo:

"Señor Presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro ha venido á removerlos en la actualidad la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por el Sr. Víctor Darán, y cuya publicación tiene por título "El general Miguel Miramón." En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Escribiendo la narración á que me contraigo escrita «bajo un color enteramente inexacto,» y sobre todo, en lo que se refiere, «al motivo que originó aquella misma ocupación,» dió lugar á que el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los diarios de esta capital una carta, en la cual me pedía que con toda sinceridad expresara la verdad histórica relativa á aquellos sucesos.

"La prensa reaccionaria de México toma del libro mencionado lo que más puede afectar á la historia de nuestra lucha contra el llamado Imperio. Se esfuerza con una obstinación vehemente y del todo extraña hoy, á que divulgue la parte secreta de

“aquel desenlace y que se relaciona con la supuesta traición de López y la toma de la plaza de Querétaro, “pretendiendo que á efecto de la intervención directa que este jefe imperialista tomara en ello,” traicionando á su soberano y vendiendo á peso de oro su consigna “la plaza cayera en poder del ejército mexicano.”

Según lo que acabamos de copiar la ocupación de la plaza de Querétaro no fué motivada por intervención del coronel Miguel López, ni cayó aquella en poder del ejército mexicano en virtud de ingerencia directa del citado jefe, pues que si hubiera sido así, el ejército sitiador no tendría la gloria de tomarla por asalto, como terminantemente lo expresa el general D. Francisco O. Arce, actual gobernador de Guerrero, en los siguientes conceptos que copiamos de la carta que en 15 de Mayo de 1887 dirigió al general D. Pedro J. García. Dice así:

“La indignación que produjo en el ánimo de mis subalternos el mal proceder del traidor López que entregándonos el punto de la Cruz “nos privó de la gloria de tomarlo por asalto,” puso en peligro su vida, la que salvó debido á la precaución que tuvo de no separarse ni un momento del general Vélez.”

Para alcanzar aquel manifiesto el objeto primordial que se propone, hace una minuciosa relación de las operaciones del sitio desde su principio hasta su término, y concluye revelando que la plaza de Querétaro no fué entregada directamente por el coronel Miguel López, haciendo traición á su soberano, sino que fué tan solo ejecutor de órdenes supremas y de las instrucciones que en el sentido de la entrega le fueron dadas por Maximiliano. Esa revelación del general Escobedo está concebida en los siguientes términos:

“El día 14 recorría yo la línea de sitio. A las siete de la noche un ayudante del coronel Julio M. Cervantes vino á comunicarme de orden de su jefe, que un individuo procedente de la plaza y que se encontraba en el puesto republicano, deseaba hablar conmigo: en el acto me dirigí al punto indicado en donde me presentó el coronel Cervantes al coronel imperialista Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz. Este me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía lle-

nar cerca de mí, si yo se lo permitía. Al principio creía que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardid de que se valía para hacer más interesantes las noticias que tal vez iba á comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados: sin embargo, accedí á hablar “reservadamente” con el coronel imperialista Miguel López, apartándose á distancia del coronel Cervantes y los ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces brevemente López me comunicó que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia conmigo, y que al concedérsela me significara de su parte que deseando ya evitar á todo trance que se continuara por su causa derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio y custodiado por un escuadrón del Regimiento de la Emperatriz hasta Tuxpam ó Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevaría á Europa, asegurándome que en México al emprender su marcha á Querétaro, había depositado en poder de su primer ministro su abdicación.

“Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia de que sus proposiciones eran de entera buena fe, me manifestó el coronel López que su soberano comprometía para entonces y para siempre su palabra de honor de que al salir del país no volvería á pisar el territorio mexicano; dándome, además, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido á obsequiarlas.

“Mi contestación á López fué precisa y decisiva, concretándome á manifestarle que pusiera en conocimiento del Archiduque que las órdenes que tenía del supremo gobierno mexicano eran terminantes para no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza sin condiciones. En seguida, el coronel López me manifestó que su Emperador había previsto de antemano la resolución á sus anteriores proposiciones. Siguiendo el curso de la conferencia establecida me expresó de parte de su soberano, que eran bien conocidos por mí los jefes militares que estaban á su lado, por su prestigio, valor y pericia é igualmente la buena organización y disciplina de las tropas que defendían la plaza, con las cuales podía á cualquiera hora forzar el sitio y

prolongar los horrores de la guerra por mucho tiempo; que en verdad esto era sumamente grave y un irreparable mal para México al cual no quería exponerlo, siendo esta la razón porque deseaba salir del país.

“Juzgando yo demasiado altivas las frases últimas vertidas por el coronel imperialista López, á nombre de su soberano, le contesté que nada de lo que me refería era desconocido para mí, porque tenía exacto conocimiento del estado en que se encontraban los defensores de Querétaro; que estaba enterado de los preparativos que hacían en la plaza para efectuar una vigorosa salida, en la que estaba basada su salvación; que esas columnas formadas ya esperaban solamente el momento en que se les diera la orden de pasar las trincheras y chocar contra los republicanos; que esto era para mí sumamente satisfactorio, de tal suerte, que para facilitarles su movimiento tenía pensado dejarles paso abierto en cualquiera punto de la línea de contravalación, por donde se presentaran; bien entendido que después que hubieran salido todos, caería sobre ellos con los doce mil caballos del ejército, victoriosos una parte en San Jacinto y la otra en San Lorenzo, y cuya formidable caballería dejaría el campo de batalla convertido en un lago de sangre imperialista. El comisionado del Archiduque volvió á reanudar la conferencia que yo creía terminada, diciéndome que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto que se le había encomendado, «de todas maneras,» en caso de encontrar resistencia obstinada por mí parte. En seguida me reveló de parte de su Emperador que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles, que en efecto, estaban formadas las columnas que debían de forzar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía seguridad de que se obsequiaran sus órdenes por los jefes que obstinados en llevarla á cabo ya no obedecían á nadie, que no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida; “obedecieran ó no,” me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentrarán en el convento del mismo “que hiciera yo un esfuerzo cualquiera” para apoderarme de ese punto en donde se entregaría “prisionero” sin condición.

“Era preciso dudar del que se llamaba agente del Archiduque. No podían entrar en mi ánimo semejantes proposiciones del príncipe después de sus enérgicas y varoniles determinaciones de Orizaba pocos meses antes.

“Así con toda franqueza lo expresé al mensajero del Archiduque, quien inmediatamente me manifestó que debía desechar todo sospecha hacia su persona y su cometido, que no hacía más que cumplir estrictamente las órdenes del Emperador, por quien no evitaría sacrificio, esperando que mis determinaciones lo salvarían de la situación en que se encontraba.

“López se retiró á la plaza llevando la noticia al Archiduque de que á las tres de la mañana se ocuparía la Cruz hubiera ó no resistencia.

“Tomé desde luego á mi cargo la responsabilidad de los acontecimientos que iban á seguir. Con toda oportunidad envié órdenes á los jefes de líneas y puntos que estuvieran listos para emprender una operación sobre la plaza.

“En el momento pasé á ver al general Francisco A. Vélez, y le comuniqué á él únicamente la conferencia tenida con el comisionado del Archiduque en lo concerniente á la comisión que debía desempeñar.

“Le dí á reconocer mi resolución de “aprovecharme inmediatamente de la debilidad y aturdimiento” en que se hallaba el Príncipe alemán (?) para llevar á cabo la operación “propuesta por él de ocupar la Cruz.

La anterior revelación, de cuyo exámen nos ocuparemos extensamente en artículo separado, no hace más que cambiar la personalidad del que entregó la plaza de Querétaro, y no demuestra que sucumbiera sin intervención extraña y por solo el esfuerzo de las tropas sitiadoras. En una palabra, la traición, sea de quien fuese, privó á aquellas, como dice el general Arce, de la gloria de tomarla por asalto, puesto que no la hay en “un esfuerzo cualquiera,” como se expresa el general Escobedo, “para apoderarse” del punto principal “ni en aprovecharse de la debilidad y aturdimiento en que se hallaba el Príncipe alemán (?) para llevar á cabo la operación PROPUESTA POR EL de ocupar la Cruz.”

Con lo anterior queda plenamente demostrado que el motivo

que originó la ocupación de Querétaro fué extraño á las operaciones del sitio, y que hubo un "traidor" por cuya intervención la plaza cayó en poder del ejército republicano. ¿Quién fué ese traidor? Hé aquí el segundo punto que trataremos en varios artículos subsecuentes.

(La Voz de México de 9 de Agosto de 1889.)

RESUMEN. —EL SEGUNDO ARTICULO DE LA "VOZ DE MÉXICO" SOBRE QUERÉTARO.—ALGUNOS DOCUMENTOS QUE PRESENTAMOS NOSOTROS, ASI COMO NUESTRO COLEGA EL "SIGLO" PARA SÓSTENER NUESTRA TESIS, Y APRECIACIONES NUESTRAS EN ESTA MATERIA.

El segundo artículo de nuestro colega "La Voz de México," ha salido ayer como con anticipación fué prometido, y cuando nosotros nos esperabamos los documentos consabidos, á la vez que incontrovertibles razones respecto del tema propuesto por el cofrade, nos venimos encontrando con que todo el artículo tiende á demostrar, primero: que son muy hermosas las grandes victorias en las campañas; segundo: que Querétaro no fué tomado por asalto.

Bien es cierto que para explicar lo estrambótico de su tesis, dice el colega que lo hace porque el general Escobedo se propuso probar en su informe que la toma de la plaza sitiada no se debió á entrega ni traición, de donde deduce siempre el cofrade, que el jefe republicano quiso demostrar que existió un brillante asalto general sobre la plaza.

El general Escobedo no se propuso demostrar ni sostener un hecho tan conocidamente falso como el que pretende el colega, y en ninguno de los párrafos de su informe podrá ver "La Voz" que diga Escobedo que hubo un asalto general, ni que la toma de Querétaro se debió á algun brillante hecho de armas sobre todas las fuerzas sitiadas. El general Escobedo lo único que se ha propuesto, como hemos dicho otra vez, es poner la verdad en su lugar, haciendo revelaciones que aclaran los hechos y deciden quien fué el que entregó la plaza á los sitiadores.

Y ahora nuestros lectores nos dirán á qué viene toda esta fraseología:

"La victoria que se alcanza merced á combinaciones hábiles y al plan sabiamente trazado y certero en su ejecución, venciendo no á un enemigo débil y en angustiosa estrechez, sino fuerte aún, animoso y resuelto, esa victoria, decimos, será espléndida y de eterna remembranza en los fastos guerreros. Porque lo será siempre el valor heroico, el denodado empuje á cuerpo descubierto en asaltos temerarios, la oportunidad y acierto en las órdenes y su violenta y cabal ejecución. Así al menos lo consigna la historia y lo pregona en todos los siglos la fama de los altos y gloriosos hechos de armas."

.....
Pero lo más raro del caso es que el largo artículo de "La Voz de México" se llena en gran parte con una copia de varios párrafos del informe del general Escobedo y el último que traslada nuestro colega es el siguiente:

"Le dí á conocer mi resolución de "aprovecharme inmediatamente de la debilidad y aturdimiento en que se hallaba el Príncipe alemán (?) para llevar á cabo la operación propuesta por él de ocupar la Cruz."

A este párrafo le hemos dejado la misma forma de nuestro cofrade y por él pudo ver, aunque no vió, que Escobedo no habla para nada de asaltos ni de grandes hechos de armas.

Y sigue lo curioso: Se forja "La Voz" un argumento que vá á contestar. Dice que el general Escobedo pretende demostrar que hubo un brillante hecho de armas. Empieza el lirismo de nuestro cofrade, en el que habla de batallas campales, de asaltos á los parapetos, de acciones de guerra en campo abierto, de recia y sostenida lucha á sangre y fuego, y de muchas otras cosas muy

bonitas. . . para dichas, y para destruir el fantasma que el mismo colega se ha creado, inserta "columna y media" de palabras del general Escobedo, y concluye así:

"Con lo anterior queda plenamente demostrado que el motivo que originó la ocupación de Querétaro fué extraño á las operaciones del sitio, y que hubo un "traidor" por cuya intervención cayó en poder del ejército republicano. ¿Quién fué ese traidor? He aquí el segundo punto que trataremos en varios artículos subsecuentes."

De manera que concluye por ahora nuestro colega con asentar que hubo un traidor, aunque sin designarlo.

Por supuesto que nosotros al buscar documentos en el artículo de "La Voz," nos encontramos simplemente con un fragmento de la carta que dirigió el general Arce al Sr. Pedro J. García, fragmento cuyo contenido íntegro es el siguiente:

"La indignación que produjo en el ánimo de mis subalternos el mal proceder del traidor López, que entregandonos el punto de la Cruz, "nos privó de la gloria de tomarlo por asalto," puso en peligro su vida, la que salvó debido á la precaución que tuvo de no separarse ni un momento del general Vélez."

Como se comprenderá por esta inserción, "La Voz de México" quiere siempre demostrar que para tomar Querétaro no hubo asalto; pero como el general Escobedo no dice ni ha pensado en decir tal cosa, esa cita es tiempo perdido, pues todo lo que prueba es que había oficiales y soldados que deseaban con ahinco un brillante hecho de armas, el cual no hubo como lo desearon. Y nada más.

En un párrafo de gacetilla que dedica al "Siglo XIX" y á nosotros, dice el colega que no se ha de desviar del plan que se ha propuesto, y que por lo tanto así que concluya, nos contestará, pidiéndonos que entre tanto esperemos. ¿Hasta cuando será eso?

Por nuestra parte vamos nosotros á procurar decir algo, y fijese bien nuestro cofrade: D. Juan de D. Arias en su obra sobre el ejército del Norte, páginas 232 y 233, trae los párrafos siguientes:

"Pocos momentos después Escobedo se presentó seguido de su Estado Mayor. Maximiliano se había adelantado á recibirlo y tras un saludo grave pero cortés le indicó "que deseaba hablarle en reserva." Escobedo se separó de su séquito para oír á Maximiliano."

"El asunto era grave. "Maximiliano hacia la misma propuesta que había llevado López."—¿Me permitirá vd., dijo, "que custodiado por una escolta marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa con la propuesta que hago bajo mi palabra de honor de no volver á México?"

"Escobedo le contestó lacónicamente:—No me es permitido conceder á vd. lo que pide.—Y entonces Maximiliano replicó.—Puesto que es así, yo espero que vd. no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra.—Eso es vd. mío, le respondió Escobedo."

Ahora bien, Maximiliano sabía que todo estaba perdido. Mejía se encontraba á su lado. Ignoraba la suerte que en esos momentos corrian sus demás generales aunque debió suponer cual fuera ésta, entonces y en lo de adelante, y en esos instantes hablaba "de irse á Europa y no volver á México" sin acordarse de los jefes que habían combatido por él y sucumbian á su lado como leales, y aun procurando "hablar en reserva" como para que no lo oyeran los mismos suyos. ¿Qué dice á esto "La Voz de México?"

Pero dirá nuestro colega que el escritor citado es parcial. Pues entonces vamos con otro. "El Siglo XIX" ha citado ya á Masseuras, antiguo redactor de "L'Ére Nouvelle" en México y escritor francés que empieza su obra con las palabras siguientes: "He creído en el porvenir del imperio no por idea preconcebida, ni por razón de predilección personal ó por adhesión ciega á la política que había comprometido á nuestro pabellón en esta lejana aventura; sino porque hubo un momento en que á despecho de todas las incredulidades "la obra del imperio mexicano fué en verdad una obra acabada" en la cual no faltó para hacerla duradera sino un poco de sentido político, de previsión y de espíritu de constancia por parte de los hombres encargados "á diverso título" del cuidado de consolidarla."

Creemos por lo mismo que tal escritor no se puede llamar parcial. Pues bien, "El Siglo" como ha visto seguramente "La Voz de México" inserta una carta del general Díaz, tomada del autor citado, que reproducimos también porque arguye en nuestro favor, y en la cual carta están hasta los motivos porque se decidió este jefe republicano á dirigirla al general Leyva. Para que se

vea cuáles son ellos insertamos completo completo el texto que trae Masseras. Dice así:

“Mr. E. Burnouf se ha presentado hoy en esta población, “enviado por Maximiliano, con objeto de ofrecerme el mando de las fuerzas que están encerradas en México y Puebla, añadiendo que Márquez, Lares y compañía serán arrojados del poder y que él Maximiliano abandonará muy pronto el país, DEJANDO LA SITUACIÓN EN MANOS DEL PARTIDO REPUBLICANO... Me ha sido preciso un verdadero esfuerzo para responder serenamente que como general en jefe del cuerpo de ejército cuyo mando ha querido confiarme el gobierno, no puedo tener con el archiduque otras relaciones que las que la ordenanza y las leyes militares autorizan con el jefe de la tropa enemiga. Pero como la presencia de Mr. Burnouf durante el día de hoy y quizá el de mañana (porque me ha manifestado que el estado de su salud no le permitía volver al momento) “puede dar ocasión á comentarios inoportunos,” creo de mi deber informar á vd. de lo que antecede.

Y ahora decimos nosotros, como nuestro colega “El Siglo XIX” ¿qué responde á esto “La Voz de México?”

De seguro responderá que Burnouf tomó el nombre de Maximiliano indebidamente; pero desde luego le haremos advertir que es muy difícil que álguien ande tomando nombres ajenos sin derecho ninguno sobre todo, cuando el que se toma es el de un Emperador, pues que Maximiliano lo era para el comisionado, y especialmente cuando ese nombre se toma para una comisión tan arriesgada como la de Burnouf, en la cual iba de por medio el honor de Maximiliano, Por otra parte, ya son dos los que toman el nombre de su jefe, “sin derecho,” y esta circunstancia hace dudar mucho que ambos hayan dicho una falsedad.

Y escuche algo más “La Voz de México.” El 9 de Febrero de 1867 escribía Maximiliano á D. Teodosio Lares, una carta á que también hace referencia nuestro colega el “Siglo” y en ella el archiduque decía lo siguiente: “Se esperaba mucho de la habilidad, aptitud, lealtad y prestigio de los generales Mejía, Miramón y Márquez. El primero ha dejado el servicio á pretexto del estado de su salud. El segundo ha sacrificado casi sin combatir en la primera batalla que ha librado todos los elementos que habían confiado, el tercero después de haber estorsionado por los medios más violentos á los ciudadanos laboriosos y pacíficos

ha ordenado una expedición mal calculada cuyos sangrientos resultados jamás se deplorarán lo bastante.»

La carta es de fecha 9 de Febrero, el 13 del mismo mes salía Maximiliano acompañado de Márquez el extorsionador y el jefe de la expedición mal calculada y de sangrientos resultados; y por último, el 17 del propio mes, en San Juan del Río, daba el Archiduque una proclama de la que tomamos el párrafo siguiente: “..... He nombrado al valiente general Márquez, mi “jefe de Estado Mayor” y repartido el ejército en tres cuerpos: el primero bajo las órdenes del general Miramón; el segundo bajo las órdenes de su jefe actual; y el tercero bajo las del intrépido general Mejía.”

Márquez después fué nombrado lugar-teniente del Imperio con cuyo carácter se presentó en México el 27 de Marzo. Esto sin contar con la coincidencia que ya señaló el “Siglo,” de que á la vez que salía Burnouf á conferenciar con el General Díaz prometiendo de parte de Maximiliano entregar á Lares, el Archiduque escribía á éste, llamándole: “Mi querido ministro.”

Pero todavía hay más. Así como Maximiliano “habló en reserva” con Escobedo, según acabamos de ver por la cita del Sr. Arias, así también «habló en reserva» con el general Ramón Corona, segundo en jefe del ejército republicano y primer general que se presentó ante Maximiliano, reserva que aparece del párrafo siguiente que tomamos del parte oficial que este jefe rindió al general Escobedo: “Maximiliano me expresó el deseo de «hablarme aparte,» al cual consentí. Me declaró entonces «que ya no era Emperador,» puesto que había abdicado ante el Consejo de Gobierno de México. Como no me tocaba tratar esta cuestión en esos momentos, se lo hice observar sin rudeza, asegurándole que él y todos los que lo rodeaban encontrarían en mí toda clase de garantías hasta que los presentase al general en jefe.”

¿Quisiera decirnos “La Voz” por qué Maximiliano declaró á Corona “que ya no era Emperador?” Nosotros suponemos que para proponerle lo que después propuso á Escobedo, es decir, irse á un puerto dando previamente su palabra de honor de no volver á México. ¿Qué les parece?

Basta por ahora. En otro artículo examinaremos algunos rasgos del carácter de Maximiliano, observados por personas que

estuvieron á su lado y hablaremos sobre las ilusiones que se forjaba el Príncipe á propósito de la evasión ideada y pretendida por la princesa de Salm Salm y como «La Voz» nos ha de contestar hasta que acabe con sus artículos, para entonces replicaremos si fuere necesario.

(*Monitor Republicano* de 10 de Agosto de 1889.)

RESUMEN.—APRECIACIONES SOBRE LOS ACTOS PUBLICOS DE MAXIMILIANO.—OPINIONES DEL ESCRITOR ZAMACOIS EN ESTE ASUNTO.—NUESTRO PARECER APOYADO POR ESTE ESCRITOR Y POR MASSERAS.

Examinando el carácter y hechos de un alto funcionario cualquiera puede predecir cuál será su conducta pública futura, sino de una manera exacta y completa, si cuando menos en los acontecimientos más generales é importantes induciendo de su modo de obrar anterior cuál será éste en lo porvenir.

Los hechos públicos de Maximiliano en un principio, revelaron desde luego que no había de tener como no tuvo plan fijo de gobierno y que su política de conciliación como él quiso llamarla, en lugar de reunir y agrupar á su alrededor al partido republicano y al clerical, había de servir como sirvió para enajenarle las simpatías del último, sin lograr atraer al primero.

Desde luego alejó de su lado á dos corifeos del partido conservador: Miramón y Márquez; siguió sin satisfacer al clero que quería á todo trance un concordato el cual no se llevó á cabo;

sostuvo la vigencia de algunas de las leyes de reforma, obra del partido liberal exaltado, y por último la monarquía con el nombre de “moderada hereditaria” era en verdad una monarquía absoluta completa, sin ninguna constitución ni estatuto, ni más limitaciones que la voluntad imperial.

Dos ramos importantísimos los de Hacienda y Guerra jamás llegaron á arreglarse. Se entretenía muchísimo en decretar el ceremonial de las grandes recepciones, en fijar las atribuciones de los diversos servidores de palacio, hasta en decidir cuales habían de ser los adornos de los uniformes, y nunca pudo ni organizar el ejército, ni medio componer el tristísimo estado en que se encontraba la Hacienda. Esta opinión no es únicamente nuestra, es de un historiador que no rechazará indudablemente “La Voz de México,” de D. Niceto de Zamacois, escritor ortodoxo que recibió las bendiciones del Papa. Dice así: “Afortunadamente para los que luchaban contra el imperio, el emperador Maximiliano “había descuidado completamente” la organización y aumento del ejército mexicano y “todo lo había esperado” de los franceses y de la política que él juzgaba de conciliación, con la cual había creído atraerse al partido republicano. Aun en aquellos momentos en que el gobierno francés le había anunciado el próximo regreso de las tropas expedicionarias á Francia, se propuso “encomendar la organización de las tropas mexicanas al Mariscal Bazaine, que nada había hecho anteriormente” en lo relativo á este asunto.....” (1)

Poco más adelante añade el mismo escritor: (2) “No obstante el deseo de Maximiliano manifestado en esta carta (una dirigida á Bazaine) no había en él un verdadero empeño en la formación de ese ejército. “Tenía puesta la seguridad de la defensa de su trono en las fuerzas que se habían estado organizando en Austria,” y que debían estar próximas ya á embarcarse para México.”

«Parecía que un espíritu antilógico influía en sus determinaciones y su política, desde el momento que aceptó la corona de México. Separándose de los que le habían llamado y en los cuales parecía lógico que se apoyase, los hizo á un lado y buscó á los hombres del partido republicano, contrarios al imperio, para

(1) Historia de México, Tomo 18 A., páginas 411 y 412.

(2) Historia de México, Tomo 18 A., páginas 415 y 416.

sostener éste. Llamado por una población católica que aceptó la monarquía y á él por Emperador, únicamente porque juzgaba atacada su religión por las leyes dadas por el Gobierno de D. Benito Juárez, «publica idénticas leyes que éste, poniéndose en pugna con el Papa,» y en consecuencia con los que lo eligieron. «Dice al pueblo mexicano en la primera proclama que dió al pisar el país, que si continúa siempre animado del sentimiento religioso que le había distinguido en todos tiempos, llegaría á la cúspide de la felicidad,» y obra luego en oposición á esas ideas, diciendo «que no es católico en la acepción que marca el Evangelio» y que él le enseñará á serlo verdaderamente. Tiene necesidad de rodearse de jefes adictos al Imperio y aleja del país á los Generales D. Leonardo Márquez y D. Miguel Miramón, enviándoles á Europa con comisiones que otros de ménos influjo y actividad que ellos en el ejército, podían haber desempeñado. «Persigue al General conservador» D. Juan Vicario y «deja con el mando de una división» en el importante territorio de Tamaulipas «contra la opinión de los conservadores,» á D. Juan N. Cortina que se había sometido al Imperio con intención siniestra.»

.....
“El resultado de esta política que él llamaba conciliadora, con la cual trataba de unir y contentar á los dos antiguos partidos, no hizo más que enajenarle la simpatía del conservador, sin atraerle la del republicano. No consiguió con ella “más que aparecer inconsecuente con los que le llamaron, y debil con sus contrarios.”

El escritor francés Masseras, ya citado por nosotros, después de hacer una descripción de la situación política de México, concluyendo de ella que el imperio hubiera podido con seguridad fundarse sobre bases sólidas y adquirir un carácter de permanencia indudable, empieza á hacer un examen de los actos de Maximiliano y de sus primeras faltas, y dice entre otras cosas lo siguiente: “Aumentó la decepción cuando se supo que llegado apenas á México (Maximiliano) y sin cuidarse de ningún otro asunto, su primer cuidado fué “entregar él mismo” á un impresor, el “Código de etiqueta” de la Corte con instrucciones enteramente minuciosas, y la obligación expresa para el impresor de someter las pruebas á la revisión personal del emperador. (1) Y en

(1) Masseras. Ensayo del imperio en México, pág. 35.

una nota añade el mismo escritor: “Este Código formaba un volumen de 250 páginas y reproducía en sus fórmulas más minuciosas, las reglas observadas en la Corte de Austria. El Emperador daba tal importancia á éste Código, “que aún durante el viaje que emprendió poco después,” ordenó que se le mandaran las pruebas, de jornada en jornada.”

Y dice después: “la desilusión llegó al colmo cuando se vió que al cabo de dos meses el Emperador dejaba la capital sin haber hecho nada, ni aun dejar un Ministerio constituido, para emprender una excursión que era nuevo motivo de fuertes gastos que no tenían razón de ser, á pesar del pretexto de estudio con que se quiso justificar.”

Estas citas que hemos hecho, especialmente la del Sr. Zamacois, persona nada sospechosa para los conservadores, y otras muchas que pudiéramos traer á colación si no temiéramos hacer demasiado largo el presente Boletín, están indicando claramente que Maximiliano no poseía grandes dotes como gobernante, ya que no por otras circunstancias, por estas solas: la de ser versátil en su carácter, de no tener por consiguiente plan fijo de conducta, y por último, la de ser nímio para pequeñeces, hasta convertir sus actos en infantiles.

Además la política seguida por Maximiliano tuvo otro defecto que no lo es ni lo ha sido para muchos políticos europeos: la necesidad de engañar constantemente para lograr el fin propuesto engaño que tenía que hacer más tarde de Maximiliano un carácter acostumbrado á la doblez, y obrando siempre por consiguiente con falsedad para con unos ó para con otros, según la circunstancias.

Muestra clara de nuestra anterior aserción son las palabras siguientes del mencionado escritor Zamacois, hablando del viaje de Maximiliano á Orizaba: “También Maximiliano continuaba en su proyecto de abdicación á pesar de haber hecho creer á sus ministros que no saldría del país, defraudando las esperanzas de los pueblos que le habían elegido soberano. Aunque ocultando su pensamiento, pero con el fin de no dejar trás de sí venganzas contra los que le habían llamado al trono, HABIA ENTABLADO NEGOCIACIONES CON ALGUNOS JEFES REPUBLICANOS sin que los conservadores que le acompañaban hubiesen llegado á traslucir ni la más leve cosa respectó de ese delicado asunto.”

Y más adelante añade, refiriéndose á una carta dirigida por Maximiliano á Bazaine desde Jalapa, fecha 31 de Octubre de 1866: (1) "Se ve por el contenido de la anterior carta que el Emperador estaba todavía resuelto en esa fecha á abdicar y volver á Europa, manteniendo sin embargo á sus leales Ministros en el engaño de que no abandonarían el trono, y continuaría cumpliendo con la misión para que había sido llamado."

Se vé, pues, hasta donde llegó Maximiliano, por las anteriores citas que trascribimos. Tenemos, ya, en efecto, á otro escritor que no puede ser tachado de parcial por "La Voz de México," diciéndonos terminantemente que el archiduque había entablado negociaciones con algunos jefes republicanos y que engañaba á sus leales ministros, de manera que el carácter de Maximiliano como gobernante, queda perfectamente definido por las cualidades que antes apuntamos: versatilidad, ausencia de plan determinado de conducta, nimiedad infantil, doblez y falsía.

Con razón exclama Masseras: "No había dificultades que no pudiesen ser vencidas en los momentos en que Maximiliano tomó posesión de su trono; esas dificultades vinieron más tarde, producidas por errores de conducta. Estas, en cambio, iban á acumularse día por día á precipitarse hora por hora, y á dar razón al cálculo dentro del cual se habían parapetado, la paciencia indígena de Juárez y la fría energía de su principal consejero el Sr. Lerdo de Tejada." [2]

(*El Monitor Republicano* de 13 de Agosto de 1889)

(1) Masseras. Obra citada, pág. 32.

(2) Zamacois; obra y tomo citados, pág. 615 y 616.

MAXIMILIANO

El Imperio, mejor dicho, Maximiliano, ha vuelto á ser el asunto palpitante en la prensa liberal de la metrópoli. ¿Cuál es su fin? ¿por qué exhumar un cadáver después de 22 años, pretendiendo una autopsia extravagante y odiosa, declarar que en sus arterias inyectadas de sulfato de plomo, no existe más que cieno?

La explicación de este furor con que la prensa liberal se ha entregado á denigrar la memoria de Maximiliano, es en extremo obvia y verdadera.

Es perfectamente cierto que el Sr. Presidente de la República dispuso la formación de un proceso con motivo de la carta del general Escobedo publicada en el "México á través de los Siglos" que ya conocen nuestros lectores, pues la reproducimos en estas columnas.

La acusación que esa carta encierra contra el Emperador Maximiliano es de tal manera grave y está en tal contradicción con el parte oficial rendido en su oportunidad por el general Escobedo, autor de la repetida carta, que el proceso era inevitable, según los preceptos de la Ordenanza.

No bien se tuvo noticia de la determinación del Sr. Presidente de la República, se pusieron en juego con actividad asombrosa por parte de los liberales, todas las influencias posibles, á fin de evitar que el Primer Magistrado desistiera de su determinación.

La mayor parte de esas influencias fueron mediatas; es decir, no gravitaron directamente sobre el general Díaz, sino sobre altos personajes, entre ellos los que directamente debían intervenir en el proceso.

El partido liberal ha tenido miedo á la investigación jurídico-militar de la verdad. Se ha espantado del proceso. No encontrando en el carácter del señor general Díaz aptitudes para presentarse á una farsa; sabiendo que cuando ese alto jefe procede no